

ARTÍCULOS RESEÑA

LA BÚSQUEDA DE LOS ORÍGENES: EL *DIARIO* DE UN POETA

MANUEL J. RAMOS ORTEGA
Universidad de Cádiz

Resulta especialmente emotivo que a estas alturas de su brillante carrera literaria, José Manuel Caballero Bonald regrese a donde solía, es decir al cultivo del poema en verso¹. En efecto, como todo el mundo sabe, el primer libro de Caballero Bonald fue un poemario, *Las adivinaciones* (1952), con el que obtuvo el premio Adonais de 1951. Luego vendrían cinco entregas más: *Memorias de poco tiempo* (1954); *Ateneo* (1956); *Las horas muertas* (1959); *Pliectos de cordel* (1963); *Descrédito del héroe* (1977) y *Laberinto de Fortuna* (1984). El hecho de que desde su penúltimo libro de poesía hasta la reciente publicación de éste, *Diario de Argónida* (1997), hayan transcurrido trece años es bien significativo y evidentemente quiere decir algo. Si atendemos a la explicación que nos da el propio Caballero Bonald, este largo período de abstinencia poética es debido al «cansancio», a la «abulia» y, en definitiva, porque ha sentido durante mucho tiempo «impotencia creadora» (según leemos en entrevista mantenida con Rosa Mora, en *Babelia*, suplemento literario de *El País*, 10-1-1998, p. 12), lo cual, con permiso del autor, no es cierto, porque a lo largo de estos trece años ha publicado dos novelas: *En la casa del padre* (1998) y *Campo de Agramante* (1992) y un volumen —primera entrega (?)— de sus memorias: *Tiempos de guerras perdidas* (1995). Aparte de algunas antologías de su obra y varios ensayos.

¹ *Diario de Argónida*. Barcelona, Tusquets Editores, 1997, 156 pp.

Se podría decir que durante años, el poeta ha ido asediando, poniendo coto —y esto no es ningún juego de palabras— a una realidad que ha ido describiendo y descubriendo a medida que avanzaba en años y en libros publicados. En realidad —la suya propia— se corresponde con un espacio físico y con un tiempo al que el autor denomina «Argónida». Naturalmente que todos sus fieles lectores reconocen inmediatamente ese nombre, que ya descubrieron en *Agata ojo de gato*, la novela que, en 1974, marcaba un hito importantísimo en la trayectoria literaria del autor jerezano. En efecto, para cualquier lector medianamente avisado en la obra de Bonald, el nombre de Argónida le evoca inmediatamente el territorio de sus novelas y de muchos de sus poemas. El autor lo ha repetido en más de una ocasión: «Pero yo no puedo contar ninguna historia sino a partir de una previa identificación con las claves del espacio físico y humano que pretendo transferir a la literatura». («Novela y realidad. Una introspección», en *Actas del Seminario «Autores andaluces: del realismo social a las últimas tendencias narrativas»*, XV Curso de Verano, Universidad de Cádiz, 1994, p. 86.)

En efecto, toda realidad en la obra de Caballero Bonald —prosa y verso—, a partir de 1974, está referenciada a ese espacio mítico, que tiene también una plasmación geográfica en el mapa, situado en un lugar que él conoce muy bien: la desembocadura del río Guadalquivir a su paso por Sanlúcar de Barrameda. Casi siempre, los territorios del mito se han localizado en un río o en la confluencia de éste con un mar, ya que son espacios geográficos estratégicos y privilegiados para emprender expediciones colonizadoras y otras aventuras marítimas. Roma, la antigua urbe imperial, estuvo situada, desde su legendaria fundación por Rómulo y Remo, junto al curso del río Tíber. Lo mismo sucede con los ríos Nilo y Eúfrates, cunas ambos de grandes civilizaciones. No podemos olvidar que, en el caso de la obra de Caballero Bonald, el río Guadalquivir, en la desembocadura de Sanlúcar de Barrameda, está enraizado legendariamente con una antiquísima civilización y una región —Tartesos— que se remonta a testimonios escritos en la Biblia y, más tarde, recogidos por Estrabón y por Avieno en su *Ora Maritima*. En la época moderna también este lugar privilegiado se vincula al esplendor de las dos capitales que más protagonismo tuvieron, junto con Sanlúcar, en el descubrimiento y colonización de América: Cádiz y Sevilla. Por otro lado, el nombre de la «Argónida» nos recuerda a Argos, en la antigüedad capital micénica. La ciudad

de Argos era considerada la más antigua de Grecia. Pero Argos fue también la legendaria embarcación que transportó a los argonautas hasta Cólquida, a la conquista del vellocino de oro. La leyenda del tesoro se relaciona, más o menos subrepticamente, con la existencia de un tesoro fabuloso que aparece por primera vez en su novela *Ágata ojo de gato* y, más tarde, en *Campo de Agramante*, su última novela hasta el momento. La existencia de un tesoro fabuloso por descubrir, como se sabe, está en el origen de la historia o la leyenda de muchas de las civilizaciones. Pero no es éste el único asunto mítico en la obra de Caballero Bonald. Dejando para mejor ocasión, por falta de espacio, el desarrollo de este material mitológico y centrándonos en el libro que estamos reseñando, es obvio que en ella reaparecen muchos aspectos recurrentes. Está, en primer lugar, el que más relación tiene con lo anteriormente tratado y con el nombre de la región fabulosa que da título al libro —la búsqueda de un tesoro oculto: *En noches de tormenta, mientras / crece el retumbo clamoroso / del aguacero y la ventisca, se oyen / los naufragios antiguos / alojados aún bajo estas aguas. / Cientos de navíos perdidos / entre los tornadizos contrafondos / del estuario del Guadalquivir, sepultos / ya para siempre en las tumbas de cieno / que han ido acumulando los arrastres / por la alevosa barra de Sanlúcar. / Veo desde mi ventana ese confín / invulnerable, como anclado / en algún extrarradio de la mitología: / la frontera oceánica y fluvial / donde un día entendí / que también la experiencia dispone / de su linde ilusoria y sus zonas prohibidas. / Todo ese infausto, declinante esplendor / de metales preciosos, devorados / por las fauces famélicas del fango, / hizo siempre las veces del trasunto / de mi primer bosquejo de aventuras: / un designio imposible de riqueza / ocupando el lugar de tantas privaciones* («Crónica», pp. 67-68). Rondan también por el libro algunos de los viejos personajes que nos resultan familiares, como Teresa Lavinagre. Resucitan los odiados fantasmas de anteriores poemarios, como el de la guerra civil («Pronóstico reservado»). Se abren de nuevo las puertas a la memoria («Circunlocución»): *Cuando el salitre, el óxido, / acaben de horadar estas paredes, cuando / las cepas se laceren en los cerros / circunvecinos, habrá llegado la hora / de elegir entre todos los rumbos posibles / aquel que no conduce sino al mismo / pasado del que vengo. / Fin de trayecto / y punto de partida: la impávida frontera, / la margen circular de la memoria / vengándose por medio del olvido* (p. 141). Y se reitera insistentemente en una de las obsesiones dominantes del libro: el

paso del tiempo. ¿Hará falta decir que estamos ante una de las mejores entregas de Caballero Bonald? Creo que no, porque en este libro están todos los temas capitales y, sobre todo, el lenguaje barroco y sensual, desencantadamente irónico con el paso de la edad, con el que este espléndido representante de la generación del medio siglo lleva renovando la poesía y la prosa española desde hace más de cincuenta años.